

DIEGO P. SERRANO



DIARIO DE UN SUICIDA

narrativa





# Índice

El primer día . . . . .	9
El segundo día. . . . .	20
El tercer día. . . . .	29
El cuarto día . . . . .	44
El quinto día . . . . .	56
El sexto día . . . . .	70
El séptimo día. . . . .	80
El octavo día . . . . .	89
El noveno día . . . . .	100
El décimo día . . . . .	112
El décimo primer día. . . . .	127
El décimo segundo día . . . . .	136
El décimo tercer día . . . . .	145
El último día . . . . .	154



## El primer día

Cuando sus pies tocaron el suelo sintió el frescor de las baldosas. Se incorporó por el lado derecho de la cama como en él era habitual. Era una sensación agradable en esas noches, aún calurosas, de finales de agosto. Recordó que, en esa misma posición, en los meses de invierno, sentía bajo sus pies el calor de algún tubo de calefacción que pasaba por allí. Las baldosas eran alargadas y con un veteado marrón que imitaba un suelo de madera. Cuando eligió esa casa le resultó un suelo bonito y, sobre todo, fácil de mantener cuidado y limpio. Alargó la mano hasta la mesilla para comprobar la hora en el teléfono móvil, eran las tres y cinco de la madrugada y aún no había conseguido dormirse. Le pareció un poco más tarde de lo normal, pero la hora ya no era algo que le preocupara demasiado, no tenía que trabajar al día siguiente. Se levantó, enrolló la mosquitera que hacía su trabajo cuando en las noches calurosas dormía con la ventana abierta y se asomó. Desde aquella planta octava divisaba gran parte de las calles de alrededor. Todo estaba tranquilo, no se veían luces

encendidas en los edificios próximos ni movimiento, a excepción de un camión de la basura en ruta al final de la calle.

Fue al cuarto de baño, encendió la luz y se sentó en la tapa del inodoro. Colocó delante de sus rodillas el cesto de la ropa sucia. Estaba hecho de un plástico marrón oscuro cuyo patrón imitaba al mimbre, era alto y estrecho y se adaptaba a la perfección al rincón que ocupaba entre el toallero y la ducha. A su izquierda quedaba el armario donde guardaba un pequeño cajón de madera con medicinas. No era un chico enfermizo, así que no tenía demasiadas. La mayoría de las cajas eran excedente de tratamientos pasados en los que no se llegaban a consumir todas las pastillas. Colocó el cajoncito sobre la tapa del cesto y seleccionó las cajas de medicamentos que le interesaban. Fueron cinco, todas de ansiolíticos y relajantes musculares, a las que había que sumar la que estaba en la cocina junto con los antidepresivos y que eran de uso diario. Algunas no recordaba desde cuándo las tenía, supuso que serían de las veces que había ido a la mutua laboral por alguna dolencia mientras trabajaba. Pensó esto porque tenía cajas repetidas y cada vez que iba le daban recetas nuevas, aunque tuviera la misma medicación de anteriores ocasiones. Miró la fecha de caducidad en las solapas. Cuando iba por la tercera se sintió algo

estúpido porque, para su cometido, eso era irrelevante. Abrió las cajas y esparció los prospectos y blísteres sobre la tapa del cesto. Ojeó los apartados que hablaban sobre qué era cada medicamento y para qué se utilizaba, las consecuencias en caso de sobredosis y posibles efectos adversos, aunque realmente no era lo que más le interesaba en aquel momento. Lo que realmente le interesaba era la cantidad de pastillas que tenía a su disposición. En todas las cajas apenas había consumido ninguna, pues nunca había tenido tratamientos demasiado largos. Así que la cantidad era importante, y supuso que también suficiente para su finalidad. Eso ya lo investigaría en otro momento. Volvió a dejar todo en su sitio y regresó a su habitación.

Antes de acostarse, encendió la lámpara de noche y abrió el primer cajón de su mesilla para sacar la libreta que su última novia le había regalado por su trigésimo cuarto cumpleaños. Aunque ya había pasado algún tiempo, aún no la había estrenado. Era uno de esos cuadernitos que se suponen un diario de viaje pero que nunca salen de casa. Era suave al tacto, y en la cubierta tenía estampada una huella de zapato en la que se leía: *«Un viaje de mil kilómetros empieza por un paso»*. Pensó que era un buen momento para utilizarlo. Antes de abrirlo, su cabeza recordó por un instante lo feliz que había sido con ella y en cómo no se dio cuenta hasta

que la perdió. Los ojos se le llenaron de lágrimas y un par de ellas mojaron el cuaderno. Se los secó con la mano y cogió un bolígrafo. Buscó las páginas más o menos centrales, ni muy delante ni muy detrás, por si acaso alguien lo encontraba, y escribió: «*No antes del 10 de septiembre*», subrayando la fecha con fuerza. Pensó que sería un buen plazo, unas dos semanas, para aclarar sus ideas y tomar decisiones. Aún no estaba seguro de querer acabar como había imaginado esa noche. Volvió a meterse en la cama, encendió el transistor que siempre tenía cerca y lo colocó debajo de la almohada, como había aprendido de su abuelo. Consiguió quedarse dormido pasadas las cuatro.

Se despertó sobre las siete y media de forma natural, como le ocurría casi a diario desde hacía un tiempo. No le gustaba remolonear en la cama con la cantidad de horas que ya se pasaba en ella sin poder dormir. Fue al baño y se lavó la cara. Se vistió para ir al gimnasio. Antes de salir de casa tomó la medicación de la mañana con un trago de zumo que bebió directamente de la botella, y cogió un plátano para el camino. Había vuelto a apuntarse después de la primera crisis de ansiedad, hacía ya algunos meses. Le servía para desahogarse y quemar adrenalina, o lo que hiciese que su cabeza anduviera revolucionada todo el día.



A primera hora siempre había poca gente y todo el mundo iba con el tiempo justo antes de irse a trabajar. Pensaba que nadie en su sano juicio iría a esas horas si no tenía obligaciones después. Su caso era excepcional, estaba de baja y tenía todo el día por delante, pero su patrón de sueño era un asco y siempre amanecía muy temprano. Quedarse en la cama intentando volver a dormirse suponía empezar demasiado pronto a darle vueltas a la cabeza y, para eso, ya tenía el resto del día. Apenas interactuaba con la gente, nadie lo hacía, solo se saludaban por educación y se pedían ayuda alguna vez cuando los ejercicios eran con demasiado peso. Su rutina duraba aproximadamente hora y cuarto y consistía básicamente en cansarse lo máximo posible levantando pesas. Antes de empezar y al acabar pateaba con todas sus fuerzas un saco de la sala de *fitboxing*. Cuando lo hacía se sentía bien, sin lastres mentales por un momento. Las primeras veces le provocó una ligera cojera, pero ya estaba acostumbrado.

Al volver a casa se duchó y se puso ropa cómoda. No desayunaba nada más porque prefería llegar con hambre al mediodía. Iba a casa de sus padres a comer desde que no tenía que trabajar y no quería preocuparlos con su falta de apetito. Procuraba estar el tiempo justo y necesario; su madre siempre le decía que solo les hacía la visita del médico, pero en realidad lo

que no quería era tener que responder demasiadas preguntas y mentirles sobre cómo se encontraba. Solo con alguno de sus mejores amigos y con su psicóloga era completamente sincero. Era un chico extrovertido pero tímido. Podía mantener conversaciones amenas y agradables con personas que no conocía, tenía un sentido del humor que le ayudaba a ello, pero para hablar de intimidades todo era más complejo. Para eso necesitaba de tiempo y confianza, le resultaba más cómodo dar una respuesta genérica y que no conllevara repreguntas.

Todo explotó una tarde de domingo de finales de mayo, mientras estaba dando el último repaso del día a los apuntes del máster que estudiaba. Empezó a encontrarse incómodo en la silla, sin poder concentrarse ni permanecer sentado delante de los papeles. Así que se levantó para ir a la cocina y tomar algo mientras se daba un descanso. Acumulaba ya varios meses de estudio y sentía que, esta vez sí, le estaban pasando factura. El examen estaba a la vuelta de la esquina e intentaba dedicarle el tiempo suficiente para prepararse bien sacando horas de donde podía. Cuando volvía por el pasillo sintió cómo el suelo y las paredes se movieron. Le recordó a la sensación de la primera vez que montó en un barco con sus padres durante unas vacaciones, hacía ya muchos años. Se